

Diálogos

Diálogos - Revista do Departamento de
História e do Programa de Pós-
Graduação em História

ISSN: 1415-9945

rev-dialogos@uem.br

Universidade Estadual de Maringá
Brasil

Baratta, María Victoria

Miradas hacia el Oriente. Representaciones de Uruguay en Buenos Aires durante el inicio
de la Guerra del Paraguay

Diálogos - Revista do Departamento de História e do Programa de Pós-Graduação em
História, vol. 19, núm. 3, septiembre-diciembre, 2015, pp. 1017-1041

Universidade Estadual de Maringá
Maringá, Brasil

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=305543302006>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org



Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Miradas hacia el Oriente. Representaciones de Uruguay en Buenos Aires durante el inicio de la Guerra del Paraguay*

María Victoria Baratta **

Resumen. La guerra del Paraguay (1864-1870) fue el conflicto bélico más duradero y sangriento en la historia de la región. La contienda tuvo un profundo efecto en la consolidación del estado nacional argentino y provocó un fuerte debate público. Las representaciones de los otros países involucrados en la guerra fueron aspectos destacados de esa disputa. En esta oportunidad analizamos las representaciones sobre Uruguay que aparecieron en el debate porteño y demostramos en qué medida incidieron en la propia configuración de la identidad nacional argentina.

Palabras clave: Guerra del Paraguay; Uruguay; Representaciones.

Looking towards the East. Uruguayan Representatives in Buenos Aires at the start of the War against Paraguay

Abstract. The War against Paraguay (1864-1870) was the most long-lasting, terrible and bloody conflict in the history of the region of the river Plate. The conflict had a deep influence on the consolidation of Argentina as a national state, and caused deep public debates. Representatives of the other countries involved in the war should be underscored in the dispute. Current paper deals with the Uruguayan representatives in the debates in Buenos Aires and the manner they affected the identity of the Argentine Republic.

Keywords: The War against Paraguay; Uruguay; Representations.

Olhares para o Oriente. Representações do Uruguai em Buenos Aires durante a Guerra do Paraguai

Resumo. A Guerra do Paraguai (1864-1870) foi o conflito bélico mais duradouro e sangrento na história da região. A contenda teve um profundo efeito na consolidação do Estado nacional argentino e provocou um forte

* Fecha de recepción del artículo: 03/06/2015. Fecha de aprobación: 24/08/2015.

** Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr Emilio Ravignani” - CONICET/ Universidad de Buenos Aires, Argentina. E-mail: victoriabaratta@gmail.com

debate público. As representações dos outros países envolvidos na guerra foram aspectos destacados nesta disputa. Aqui analisaremos as representações que apareceram no debate portenho sobre o Uruguai e demonstraremos em que medida incidiram na própria configuração da identidade nacional argentina.

Palavras chave: Guerra do Paraguai; Uruguai; Representações.

Introducción

La guerra del Paraguay fue la contienda más larga de toda la historia de América Latina. Enfrentó durante más de cinco años a los países integrantes de la Triple Alianza, Argentina, Brasil y Uruguay contra Paraguay. El conflicto bélico fue también un acontecimiento fundamental en el proceso de consolidación del estado nacional argentino. El presidente Bartolomé Mitre estuvo involucrado desde el inicio del conflicto en la Banda Oriental. A lo largo de la contienda se desplegaron representaciones de los otros países involucrados en el debate público argentino como parte de una resignificación de la propia identidad nacional. En esta oportunidad analizaremos las representaciones de Uruguay, representaciones que fueron reproducidas principalmente en el ámbito porteño. Comenzamos con un breve resumen que detalla los acontecimientos que dieron el inicio del conflicto para ubicar nuestro trabajo. Seguimos con el análisis específico de las representaciones. Primero con la alusión a discusiones sobre representaciones nacionales previas a la guerra. Luego nos focalizamos en el debate sobre la neutralidad del gobierno argentino respecto del conflicto al otro lado del río y sus implicancias en la identidad nacional. Finalizamos con lo relativo a la triple alianza.

1 El inicio de la gran guerra

La guerra con Brasil que finalizó a principios de 1827 tuvo como resultado la independencia de la Banda Oriental. A partir de allí se constituyó

como un estado tapón que contenía las ansias expansionistas de los entes políticos más poderosos de la región. Durante el régimen rosista, Montevideo se había convertido en uno de los lugares de refugio para los exiliados políticos argentinos y en un espacio propicio también para desarrollar un discurso sobre la identidad nacional (WASSERMAN, 1997). A partir de ese momento, las divisiones partidarias al interior de la Confederación se entrelazaron con las existentes en la Banda Oriental. Los federales de Rosas apoyaron a los blancos de Oribe, quien derrotado en la Banda Oriental, volvió a la campaña en 1843 para establecer un sitio a Montevideo que se prolongó hasta 1851. Dentro de la ciudad sitiada se encontraron los rivales políticos de los blancos, los colorados del presidente Rivera y los argentinos exiliados. En mayo de 1851 los representantes de Urquiza, el Imperio del Brasil y los colorados firmaron un tratado contra Rosas que culminó en su derrota en la batalla de Caseros.

Venancio Flores, ministro de guerra colorado y ex presidente oriental mantenía una amistad con Bartolomé Mitre en su exilio en Buenos Aires desde la década de 1850. En 1860 fue electo presidente del Uruguay Bernardo Berro del partido blanco. Berro reparó en la importancia de desligarse de los conflictos de la Argentina y en atender el peligro que representaba el Imperio del Brasil desde la frontera norte. Allí el comercio en base a transferencias de ganado provocaba constantes conflictos además de discusiones limítrofes entre Uruguay y el estado de Río Grande do Sul. Muchos estancieros brasileños se encontraban establecidos en territorio uruguayo junto con sus esclavos. Algunas medidas de Berro los perjudicaron económicamente.

Mitre celebró la neutralidad oriental en los asuntos internos de Argentina y afirmó que no tenía ningún compromiso con los emigrados colorados. Pero sin embargo se estaba preparando una invasión encabezada por Flores, con el apoyo mitrista y probablemente gestada en la casa de Lezama, actual Museo Histórico Nacional. El 19 de abril de 1863 Flores desembarcó en

suelo oriental y desató un conflicto civil con la ayuda de buques porteños que portaron armas y provisiones. La prensa porteña apoyó la invasión y se obsesionó con demostrar la neutralidad del gobierno de Mitre. También se evidenció en el periódico mitrista que un acuerdo argentino-brasileño no era un destino obvio hasta ese momento:

Por lo demás ¿qué caso va a hacer el Gobierno del Brasil en materia de reclamaciones sobre violación de la neutralidad a los mismos que le acusan de prestar auxilio eficaz al general Flores?

Pero la violación de neutralidad, aun cuando fuera evidente, no daría motivo a reclamo alguno por parte del Brasil. El tratado solo obliga a la República Argentina a respetar la independencia de la Banda Oriental. He aquí el secreto del pretendido propósito de anexión que la prensa oriental atribuye a la República Argentina. El lleva por objeto no solo levantar en nuestra contra, como lo hemos sido, el sentimiento nacional, sino hacer creer al Brasil que se trata de violar el artículo 3 del convenio de 1828 (*LA NACIÓN ARGENTINA*, 25 ago. 1863).

Los plenipotenciarios argentino y uruguayo, Rufino de Elizalde y Andrés Lamas mantuvieron una polémica al respecto de la neutralidad. Representantes de Portugal, Italia, Francia, Estados Unidos y Gran Bretaña solicitaron una política de neutralidad estricta de Argentina para no incrementar el nivel de guerra civil que podía afectar a compatriotas radicados allí. Pero Mitre insistió en las sombras, quizás porque sentía que le debía ayuda a su amigo Flores, quizás para vengar la muerte de colorados fusilados en la década anterior, muy probablemente para afianzar su poder a través de aliados regionales que equilibraran la fuerza de Urquiza en el litoral. Ordenó el desplazamiento de sus mejores tropas hacia el litoral, además de construir modernos fortines en la Isla Martín García. Probablemente comenzó hacia noviembre de 1863 sus negociaciones con el Imperio del Brasil.

Pero no solamente Argentina intervino en los asuntos orientales. Como apuntamos en los departamentos septentrionales del Uruguay estaban radicados miles de brasileños que comenzaron a tener importantes fricciones con el

gobierno blanco por diferencias comerciales y políticas de exportación. Brasil además no parecía rendirse ante su otro objetivo en la región: la ilusión de controlar el Río Uruguay y de allí tener acceso al Río de la Plata y a Montevideo. La invasión de los colorados motivó la ayuda de sectores brasileños de la frontera a la rebelión, pero desplegó un discurso inicial de neutralidad y crítica desde el gobierno central ante el conflicto. Sin embargo varios legisladores comenzaron a subir la apuesta, a denunciar lo que los compatriotas estancieros sufrían en la frontera y así encaminaron a José Antonio Saraiva como plenipotenciario a Montevideo. Saraiva llevó instrucciones que para el Uruguay significaban la humillación o la ruptura de relaciones con el Imperio: altas indemnizaciones compensatorias, la eximición del servicio militar para los riograndenses residentes en Uruguay y la destitución de funcionarios. En marzo de 1864 Atanasio Aguirre, un líder del partido blanco algo más radical en su postura que Berro y enemistado con el mitrismo y el Brasil, asumió la presidencia del Uruguay. En mayo llegó a la Banda Oriental una escuadra brasileña a cargo del Barón de Tamandaré. Ante la alianza colorada, mitrista e imperial, el gobierno blanco se vio tentado a forjar alianza con el Paraguay. Este acuerdo fue un ofrecimiento del presidente Francisco Solano López en su búsqueda de mantener lo que él consideraba “el equilibrio del Plata” (CÁRCANO, 1938).

Las relaciones entre el partido blanco uruguayo y el gobierno paraguayo de los López eran cercanas. Hacia 1863 y 1864 sus diplomáticos intercambiaron el parecer de que la cooperación entre Argentina y Brasil demostraba intención de repartirse Uruguay, peligro que también podía recaer sobre Paraguay. La estrategia era aliarse con las provincias del litoral para derrotar a Buenos Aires. En 1863 López mantuvo correspondencia con Urquiza con el objeto de convencer al caudillo entrerriano que abandonara su política de neutralidad con respecto al conflicto en la Banda Oriental. Mientras

tanto, en Buenos Aires corrían rumores de que el presidente paraguayo quería proclamarse emperador. La prensa porteña comenzó a publicar editoriales en contra del gobierno paraguayo y más adelante desarrolló sus críticas al concepto de “equilibrio del Plata”:

el equilibrio del Plata que es una farsa para los diarios porteños, es una idea fundamental de la existencia independiente de las nacionalidades del Sud. El Gobierno Paraguayo la evoca, evoca con sobrada razón y trascendencia la conservación de ese equilibrio, porque eso importa a que los diversos estados se mantengan dentro de su límite territorial, que esos estados se respeten su recíproco derecho, que esos estados se garancien moralmente su respectiva independencia y es por ese medio y en el interés de ese equilibrio, que se adaptarán a las formas regladas del derecho internacional de estas nacionalidades (LA NACIÓN ARGENTINA, 12 oct. 1864).

Mitre trató de frustrar sin éxito la potencial alianza entre Montevideo y Asunción. El gobierno uruguayo solicitó al brasileño que los riograndenses de la frontera bajo el mando del general Netto, cesaran su apoyo a la rebelión de Flores. El 18 de junio de 1864 Saraiva plenipotenciario brasileño, Thorton diplomático británico y Elizalde ministro argentino, se reunieron para firmar un acuerdo en Puntas del Rosario que fue descripto por el mismo Thorton años después como la inauguración de la Triple Alianza. De todas maneras no hay registros de lo que se dijo exactamente en ese encuentro y lo que se propuso en principio fue más la paz que la guerra. Se impulsó una paz negociada entre Aguirre y Flores a condición de un cambio ministerial por parte del gobierno blanco. Sin embargo este requerimiento no fue aceptado por Aguirre y la mediación fracasó (BOX, 1958).

El 4 de agosto de 1864 Saraiva presentó al ministro oriental Herrera un ultimátum. Sino se cumplían las condiciones solicitadas para los riograndenses, el ejército brasileño tendría que intervenir. El 14 de septiembre la invasión fue un hecho y el sentimiento anti-brasileño y anti-imperial corrió como reguero de pólvora por tierras orientales. El 12 de noviembre Francisco Solano López

ordenó tomar un buque brasileño que navegaba por Paraguay, el Marqués de Olinda, buque que llevaba a bordo al gobernador del Mato Grosso. Las relaciones diplomáticas se rompieron entre ambos países y comenzó a prepararse la invasión a territorio brasileño. A principios de diciembre, Flores y las fuerzas brasileñas atacaron Paysandú, desencadenando el famoso y trágico sitio, defendido por Leandro Gómez durante un mes hasta su rendición y posterior fusilamiento. Si bien en Entre Ríos la indignación fue grande con respecto a los brasileños, Urquiza no acudió en ayuda militar.

2 La “cuestión oriental”

Corría el año 1863 y aunque los conflictos en la cuenca del Plata estaban a la orden del día, la guerra del Paraguay estaba lejos de vislumbrarse como tal. Enseguida haremos algunas acotaciones a lo relativo a la neutralidad del gobierno argentino con respecto al conflicto entre blancos y colorados en la Banda Oriental, pero antes no podemos pasar por alto el breve, pero elocuente debate conceptual al que el periódico mitrista *La Nación Argentina* aludió ese año. La polémica surgió por la situación del General Wenceslao Paunero, quien luego participaría con destacado protagonismo en el ejército aliado. Paunero, electo para integrar una Convención Constituyente, fue considerado ciudadano argentino por haber nacido en la Banda Oriental antes de que ésta se separase de la República:

Se ha suscitado la duda de si los nacidos en un territorio que formaba nación con otro territorio antes que ambos se separaran siguen la nacionalidad del primero o del segundo. En otros términos: si el nacido en Montevideo, cuando el Estado Oriental formaba parte de las provincias Unidas, debe ser considerado como ciudadano nativo del Estado Oriental o de la República Argentina (LA NACIÓN ARGENTINA, 26 ago. 1863).

La nación era entonces un territorio compuesto de ciudadanos sujetos a un gobierno común. La discusión no fue reproducida en muchas otras

ediciones, pero fue lo bastante contundente como para tomarla en consideración. Hasta aquí la clásica definición política de nación prevaleciente durante gran parte del siglo XIX. El debate reveló además otras continuidades. Aparecía también la polémica con respecto a la nación, ciudadanía y la soberanía a partir del proceso revolucionario de la década de 1810: “De aquí se podría deducir que los nacidos en la colonia española, antes de la independencia, eran españoles sino optaban por la ciudadanía argentina expresamente” (*La Nación Argentina*, 26 de agosto de 1863). La postura de *La Nación Argentina* con respecto a la cuestión Paunero era muy nítida:

Por nuestra parte, y sin que esto ataque la resolución adoptada por la Convención de Buenos Aires respecto al General Paunero, creemos que los nacidos en un territorio, siguen perpetuamente su suerte, mientras saliendo de él no cambien su ciudadanía adoptiva. La razón es muy clara, cuando una nacionalidad se cambia, el cambio no podría concebirse jamás si no afectara á los hombres que nacen en el territorio, porque cuando se trata de una nación, no solo se trata de su territorio sino también de sus ciudadanos. Aún cuando la nación que se separa de otra, al reivindicar la independencia de su territorio reivindica también a sus ciudadanos, esto no impide que cada una de las fracciones acuerde a los ciudadanos de la otra, nacidos antes de la división, los privilegios que acuerda a los propios. Esto es lo que ha sucedido con el general Paunero. Por lo demás, es claro que queda siempre a salvo el derecho que tiene cada uno de naturalizarse en otro país, si se lo permiten sus leyes, con tal que se halle fuera del territorio del país de su nacimiento (LA NACIÓN ARGENTINA, 26 ago. 1863).

La guerra del Paraguay aún no comenzaba como tal y todavía pervivían los viejos debates sobre soberanía y nación pos-revolucionarios y la idea política de nación se definía no solamente pensando en territorios sino también en ciudadanía. Si se sostenía que el General Paunero había nacido en la Banda Oriental antes de que ésta se independizara de la Argentina, entonces se acordaba en la existencia previa de un ente “Banda Oriental” definido por ciertas características políticas. El General Paunero podía o no ser considerado oriental y argentino según el gobierno que tenía jurisdicción sobre un territorio.

La referencia casi excluyente a Uruguay como Banda Oriental daba cuenta de la imposibilidad de representarlo con su autonomía propia. El nombre seguía denotando aquello que estaba al oriente, en este caso del río. De todas maneras, la prensa porteña insistía en la independencia de esta Banda Oriental. Este doble juego se correspondió con la política mitrista obsesionada con invocar la neutralidad, pero apoyando materialmente a la invasión de Venancio Flores. Las referencias remanidas a la independencia y neutralidad no fueron sino un signo de políticas que muchas veces se contraponían con ellas, pero que ya para la década de 1860 no era conveniente explicitarlas. Uruguay era representado desde la Argentina como la Banda Oriental de su territorio, un espacio que aunque independiente formalmente desde la resolución del conflicto con el Brasil, nunca se le otorgaba ese status en la práctica por completo. Un espacio al otro lado del río en donde se proyectaban las disputas políticas, se intervenía y que recibía a sus exiliados y sus planes de intervención. Una continuidad de esta política es lo que se puso en juego al inicio de la Guerra de la Triple Alianza. Un límite y un final de estas prácticas intervencionistas serían impuestas por el devenir y el final de la contienda. La Guerra del Paraguay hizo definitivamente más Uruguay y menos Banda Oriental al país al otro lado del río.

3 El debate sobre la neutralidad

Durante 1863 algunos pocos periódicos de Buenos Aires, pero principalmente los de Montevideo acusaron, fundadamente, al General Mitre y su gobierno de violar las políticas de neutralidad por dar asilo y ayuda económica y militar al general Venancio Flores en su intento de derrocar al gobierno blanco. El caso se intrincaba con el tratado de neutralidad firmado por el Imperio del Brasil y Argentina en relación a la independencia de la Banda Oriental después de la guerra que libraron durante la segunda mitad de la

década de 1820. *La Nación Argentina* publicó numerosos artículos defendiendo de manera casi obsesiva la neutralidad del gobierno argentino. En las argumentaciones se aludía a la cuestión del sentimiento nacional:

Por lo demás ¿qué caso va a hacer el Gobierno del Brasil en materia de reclamaciones sobre violación de la neutralidad a los mismos que le acusan de prestar auxilio eficaz al general Flores?

Pero la violación de neutralidad, aun cuando fuera evidente, no daría motivo a reclamo alguno por parte del Brasil. El tratado solo obliga a la República Argentina a respetar la independencia de la Banda Oriental. He aquí el secreto del pretendido propósito de anexión que la prensa oriental atribuye a la República Argentina. El lleva por objeto no solo levantar en nuestra contra, como lo hemos sido, el sentimiento nacional, sino hacer creer al Brasil que se trata de violar el artículo 3 del convenio de 1828 (*LA NACIÓN ARGENTINA*, 25 ago. 1863).

Aunque no específicamente definido, cuando se hablaba de sentimiento nacional tenemos derecho a pensar que se aludía a algo más que territorio, ciudadanía, soberanía, gobierno. Pero aunque no tenemos certeza sobre el contenido del sentimiento al menos conocemos el pivote sobre el que se sustentaba:

La victoria de Pavón, que es la base en que se apoya la actualidad de la República, ha dado propiamente la nacionalidad argentina. Sin ella habríamos tenido o la disolución nacional o el sometimiento por la fuerza de una de las facciones en lucha, sometimiento que nunca hubiera sido definitivo y que tendría sus miradas fijadas constantemente en el acero que debía cortar un vínculo oprobio. La victoria de Pavón ha dado la reorganización nacional, bajo la base de la moral de la libertad y de la ley. (...) Ha dado la unión de la patria argentina y la situación a cuya sombra puede ampararse toda aspiración legítima, toda ambición noble, toda justicia y todo derecho (*LA NACIÓN ARGENTINA*, 17 sep. 1863).

El sentimiento nacional argentino fue cimentado por la victoria de Pavón, se definió por la libertad y la ley y el fin de la discordia entre los partidos que aquella batalla vino a otorgar, en la visión mitrista. Pavón otorgó nacionalidad. El concepto de patria aparecía homologado al de nación. El

conflicto oriental y la prensa del partido blanco, susceptible y difícil de contentar, buscó corroer esta reciente unidad. Las disputas partidarias parecieron prevalecer en el discurso de la prensa uruguaya y ese fue el rasgo más condenable y peligroso para la unidad argentina. Hasta este momento Paraguay no existía como enemigo en el discurso, era el gobierno oriental encarnado en el partido blanco (y no la totalidad de la nación oriental), la que podía aliarse con Entre Ríos y destruir la unidad nacional de Pavón. Incluso en septiembre de 1863 se llegó a especular con que la Banda Oriental podía declarar la guerra contra Argentina en alianza con Paraguay o Brasil lo cual constituiría para el periódico mitrista “una compleja burla”. La política de alianzas y enemistades no se mostró con claridad, sino hasta poco antes del comienzo de la guerra, echando por la borda las teorías conspirativas de largo alcance otrora difundidas en nuestra historiografía. El conflicto primigenio apareció principalmente como una lucha de partidos que trascendió las fronteras entre estados.

El debate sobre la neutralidad ante la Banda Oriental se desarrolló casi con exclusividad en Buenos Aires aunque los órganos de prensa de las provincias retomaron algunas de esas editoriales. Para la primera mitad de 1864 los argumentos en la prensa porteña más difundida cambiaron y la defensa de la neutralidad vislumbró ya sus límites a la luz de los acontecimientos que se precipitaron que fueron encontrando en Flores un aliado para los brasileños. En primer lugar se justificaba la intervención del Imperio en defensa del honor, vida y propiedad de los brasileños en territorio oriental. Además a partir del conflicto por la Isla Martín García *La Nación Argentina* defendió el derecho del gobierno a invadir la Banda Oriental. Las naciones eran claramente sinónimos de estados mostrando continuidad con los significados prevalecientes en la primera mitad del siglo XIX (CHIARAMONTE, 1997):

Esas revelaciones arrojan sobre el Gobierno Oriental la gravísima acusación de haber querido usurpar una isla argentina, por medio de manejos traidores, de haber solicitado alianzas de guerra contra la República y de haber intentado sublevar una provincia argentina contra la Nación. Esto habilitaría a Argentina a declarar la guerra al gobierno oriental (LA NACIÓN ARGENTINA, sep. 1864).

Muy cerca del comienzo de la guerra, recién en los albores de la segunda mitad de 1864, apareció Paraguay como potencial enemigo en el discurso, probablemente como efecto de la conferencia de Puntas del Rosario en la cual los ministros argentino y brasileño entablaron un acuerdo con Flores. Por su parte, el gobierno paraguayo desconfió de Argentina y Brasil porque pensaba que las potencias manejaban un plan para repartirse la Banda Oriental y luego el Paraguay. La existencia soberana del Estado Oriental mantuvo un equilibrio en opinión del gobierno paraguayo, equilibrio que fue visto por el mitismo como una farsa. Llamamos aquí la atención sobre el término nacionalidades que se tomó como sinónimo de nación en cuanto a su sentido político y también se homologó con el nuevamente con el concepto de estado:

El equilibrio del Plata que es una farsa para los diarios porteños, es una idea fundamental de la existencia independiente de las nacionalidades del Sud. El Gobierno Paraguayo la evoca, evoca con sobrada razón y trascendencia la conservación de ese equilibrio, porque eso importa a que los diversos estados se mantengan dentro de su límite territorial, que esos estados se respeten su recíproco derecho, que esos estados se garancien moralmente su respectiva independencia y es por ese medio y en el interés de ese equilibrio, que se adaptarán a las formas regladas del derecho internacional de estas nacionalidades (LA NACIÓN ARGENTINA, 12 oct. 1864).

La guerra todavía no comenzaba, aún no se vislumbraba en toda su magnitud y es este sentido político de nación el que primaba al igual que en el debate sobre el General Paunero. Apenas tímidamente asomaba un diseminado contenido cultural ligado a la historia con eje culminante en Pavón y a un sentimiento difuso. En cuanto a las representaciones del país vecino se utilizó un recurso que fue retomado a lo largo de la guerra: la condena al espíritu partidario

y su contraposición a la nacionalidad. Para los periódicos de mayor difusión en Buenos Aires, el culpable de los disensos del otro lado del río, no fue sino el partido blanco a quien se lo caracterizaba como bárbaro, salvaje e intransigente y se lo equiparaba al partido federal, aunque con un poder institucionalizado que lo volvía más peligroso. *La Tribuna*, el periódico más vendido del país en ese momento, coincidía con *La Nación Argentina* en este sentido:

La fusión de los partidos en el Río de la Plata, ha dado siempre funestos resultados. El partido federal aquí, como el blanco en Montevideo, no entienden de fusiones. Lo que quieren, es dominar solos. El medio de conseguir el poder les importa poco. (...) Para desgracia del pueblo Oriental, allí no sucede lo mismo con el partido blanco. Ese partido, aunque sin ninguna forma legal, existe en el poder. Sus desmanes. Sus arbitrariedades. Sus crímenes. Su falta de fe al cumplimiento de todas sus promesas, provocaron la revolución a cuyo frente se halla el General Flores (...) El General Flores, llamado con instancia por un pueblo mártir, que ya no podía soportar el yugo de sus opresores, levantó el estandarte de una cruzada libertadora (LA TRIBUNA, 13 jul. 1864).

Hacia 1864 entonces la cruzada libertadora presentada por la mayoritaria opinión pública porteña era específicamente contra el partido blanco de la Banda Oriental. Carlos Guido y Spano, opositor a la guerra, describió más tarde en su trabajo “El gobierno y la alianza” de 1866 esta ligazón entre el partido blanco y el federalismo argentino como razón de la condena al partido blanco por parte de la opinión pública liberal porteña¹. La guerra comenzó como un conflicto eminentemente partidario, coincidieron opositores y defensores, pero su duración y consecuencias rebalsaron la

¹ “Pero la administración Berro tenía sobre si la mancha de un pecado indeleble; traía su origen del partido blanco. Esto solo equivalía a una condenación. No había contacto posible con esa raza espuria. Preponderante el partido unitario en Buenos Aires ¿cómo se habría de consentir que los blancos gobernasen Montevideo? Sería un amago constante contra el orden establecido en esta margen del Plata. Montevideo se convertiría en un antro donde “los enemigos de la actualidad”, a estar al lenguaje de la época, acudirían en tropel a refugiarse. Aquello se volvería un foco de rebelión constante que era necesario extinguir: mientras que el partido colorado, una vez en el poder, ofrecería a estos países la más sólida garantía de una fraternidad perdurable, unificando su acción para que ningún mazorquero pudiera nunca levantar la cabeza” (GUIDO; SPANO, 1866. In: HALPERIN DONGHI, 2007, p. 17).

característica de sus inicios. El periódico satírico *El Mosquito* dio cuenta también de la visión que representó al Uruguay como espacio de lucha partidaria. En agosto de 1864 publicó la siguiente caricatura:



Fuente: EL MOSQUITO (ago. 1864). Hemeroteca Universidad Nacional de La Plata.

La Banda Oriental era una nación dividida en dos partes casi iguales. Un líder que se arrogaba la legitimidad y sus partidarios. Una contienda que parecía estéril ya que los discursos eran casi calcados. La diferencia era que allí donde Flores invocaba la libertad, el partido blanco invocaba la ley. Las disensiones partidarias fueron percibidas en forma negativa por la prensa porteña que más allá de sus diferencias políticas pretendía mantener un orden y temía por las proyecciones de los sucesos orientales de este lado del río.

4 La invasión brasileña y Paysandú

El conflicto entre el Imperio del Brasil y el gobierno uruguayo por los habitantes riograndenses en el país oriental no encontró su cauce por la vía diplomática. Para el partido blanco y sus aliados, porque los pedidos del Imperio eran imposibles de cumplir sin ceder soberanía. En cambio, para la opinión pública porteña más difundida en el momento, la ruptura de la negociación oriental era responsabilidad del espíritu de partido que había dominado a los blancos y su falta de unión nacional:

Como todo el público sabe la paz en la República Oriental ha naufragado en el escollo de la mala fe del Gobierno blanco. Las bases de arreglo y todo lo relativo a la efectividad de la paz había sido aceptado por las partes interesadas... Toda la responsabilidad de una guerra fratricida, la ruina espantosa en que se está hundiendo la República vecina con el séquito consiguiente de pobreza, de mal estar y de miseria, pesa sobre los hombros del Gobierno Oriental y del partido ultra blanco a cuyas exigencias se dice que ha cedido (EL NACIONAL, 11 jul. 1864).

El 4 de agosto el plenipotenciario Saraiva presentó el ultimátum que exigía en un plazo de seis días, la amplia reparación de todos los daños infringidos a los súbditos brasileños en territorio oriental, caso contrario fuerzas navales y militares procederían a tomar represalias. En el mes de junio tuvo lugar la conferencia de Puntas del Rosario. Bartolomé Mitre y varios miembros

de su gabinete no estaban convencidos de prestar más que apoyo moral a la causa brasileña, por causas económicas y porque muchos aventuraron que no era una medida con gran apoyo popular. Incluso el historiador Thomas Whigham demostró que Bartolomé Mitre permitió en un momento el paso de armas al Paraguay (WHIGHAM, 2010). No fue el periódico de la voz mitrista quien abogó con más fuerza por la alianza en un primer momento sino los otros dos diarios más importantes y difundidos del país, *La Tribuna* y *El Nacional*.

A nuestro juicio es sumamente peligroso para nuestro porvenir dejar la influencia del Brasil sin contrapeso en la República vecina (EL NACIONAL, 18 ago. 1864).

La Nación cree que la política que mejor nos conviene es la de la inercia. Nosotros opinamos de muy distinto modo, sosteniendo que esa política puede conducirnos a una situación fatal, y que en vez de ella debemos adoptar una política previsora política que no nos haga esperar los sucesos con los brazos cruzados (LA TRIBUNA, 31 dic. 1864).

Por otro lado, cuando la invasión brasileña al Uruguay se consumó, sus detractores en Buenos Aires comenzaron a analizar el conflicto más sobre el pivote de la identidad nacional oriental amenazada y menos sobre las representaciones partidarias. Una identidad ahora mucho más simbolizada en una bandera, su historia y tradiciones que en una determinación estatal. Los orientales eran hermanos, parte de nuestra familia, liberales y civilizados. Sin embargo se reconoció que esa identidad estaba en construcción y disputa, había grupos que la defendían y grupos que la disgregaban, que la traicionaban. La oposición al mitrismo enmarcó la situación de manera crítica como absorción y conquista de estados. Miguel Navarro Viola denunció la situación en su trabajo de principios de 1865 *Atrás el Imperio*. Con la invasión brasileña, los opositores argentinos a la guerra, vieron pasar a segundo plano la cuestión partidaria y pusieron de relieve la independencia nacional oriental que había sido ultrajada. Era preciso defender esa bandera oriental deshonrada ante la intromisión extranjera disolvente de una nación hermana:

Apoyar a los Orientales contra los Brasileros, es apoyar a los propios contra los extraños, a los demócratas contra los imperialistas, a los liberales contra los esclavócratas, a los dueños de casa y de una casa vecina y de nuestra propia familia, contra los salteadores, y los asesinos y los incendiarios de Paysandú (NAVARRO VIOLA, 1865, p. 104).

Ya no preocuparon tanto los partidos para los detractores del mitrismo, sino que ante la invasión consumada era preciso defender la nacionalidad. El clímax de esta defensa de la dignidad nacional oriental lo representó para Guido Spano y los opositores al mitrismo, la heroica resistencia a la toma de Paysandú a fines de 1864 que contaba con participación argentina y su héroe, Leandro Gómez: “Allí el patriotismo oriental hace una magnífica explosión, alumbrando hasta el fondo el abismo de inquietud en que se precipita a la República. Ella ha confiado en el trance supremo la guarda de su honor a un puñado de sus mejores hijos, en quienes fermenta la savia robusta de los héroes” (GUIDO; SPANO, 1866. In: HALPERIN DONGHI, 2007, p. 63).

Los héroes de la nacionalidad oriental ya no eran para este grupo Flores y los colorados sino Leandro Gómez y la resistencia blanca en Paysandú. El razonamiento era análogo, traidores y defensores a la patria, héroes y villanos que intercambiaban sus nombres. El espíritu de partidos corroía la nacionalidad, blancos y colorados eran dominados por el odio. En este sentido los mitristas y aliados y sus opositores compartieron también la condena a la división partidaria que fragmentaba la unidad nacional, aunque ubicaban la responsabilidad en partidos diferentes. Y en el caso de los críticos del mitrismo se divisó también un enemigo claro: “Los brasileros solo tratan de apoderarse del Estado Oriental, al favor de la guerra civil que ha encendido en aquel país un caudillo ambicioso. Los Brasileros en nada piensan menos, que en blancos ni colorados, lo que ellos quieren es absorberse la República Oriental” (EL PUEBLO, ene. 1865) El periódico porteño *El Pueblo* de los hermanos Chassaing, vino así a anticipar lo que quizá había demorado a Mitre a concretar

los planes de su vecino poderoso entre otras cuestiones: la impopularidad en el país de una alianza argentino-brasileña. Brasil aparecía como un poderoso imperio expansionista.

Pero para los periódicos porteños más vendidos la opinión sobre la toma de Paysandú era diferente. El hecho se consideró como un acto de barbarie pero de parte del partido blanco, al que buscó demonizarse detallando supuestos actos salvajes que habían cometido. Esta estigmatización dejó de desarrollarse en el discurso de estos periódicos una vez sellada la triple alianza y pasó con mucha más virulencia y recurrencia a recaer ya no sobre un partido, sino sobre la nación paraguaya y fundamentalmente sobre su gobernante:

El hecho que acaba de tener lugar en Paysandú, lo demuestra de una manera evidente. Los prisioneros de guerra, sagrados en todas partes del mundo, han sido y son todavía para los blancos, víctimas que inmolan atrocemente, en venganza de su despecho, de su impotencia (...) Un soldado brasílico de los que avanzaron a la bayoneta hasta un cantón de la plaza, cae igualmente en poder de los sitiados. Lo que hicieron con ese infeliz subleva la sangre del menos indiferente. Para quitarle la vida, le condenaron a un martirio lento, atroz, digno de esa escuela funesta. Primero, le sacaron los ojos. Después, le cortaron la lengua y cuando sintieron que la vida empezaba a faltarle le quemaron vivo, en medio de una algazara pampa (LA TRIBUNA, 16 dic. 1864).

Quienes simpatizaban con el accionar del Imperio defendieron una nación ligada a la libertad, la independencia, la justicia y la razón. En esta visión, quienes se opusieron a estos ideales, no fueron dignos representantes del pueblo. La Banda Oriental pasó a representar un espejo para mirar la situación de la Argentina. Los colorados representaron a quienes habían luchado en Cepeda y Pavón y quienes se habían opuesto al tirano Rosas. Además de bárbara, se consideró a la resistencia como algo inútil, producto de la irracionalidad, de la mezquindad del partido blanco. Paysandú produjo muertes evitables y fue significado como un ejemplo aleccionador de lo que no debe suceder en Argentina. Sin embargo anticipó de alguna manera lo que, en la

interpretación de muchos, pasaría con Paraguay. Una resistencia denodada pero inútil que sólo podía causar más muertes. Fue también una advertencia de lo que podía pasar si el partido blanco extendía sus conexiones más allá de tierras orientales:

...Las leyes de la guerra condenan esa resistencia que no puede llamarse heroica, sino feroz. Nada disculpa ese inútil derramamiento de sangre, después que los defensores de la ciudad atacada han adquirido el convencimiento, que no pueden esperar auxilio de parte alguna. Paysandú resistiendo unas semanas solo quiere decir un millar de víctimas sacrificadas al furor de pasiones desbordadas (EL NACIONAL, 2 ene. 1865).

De esta manera, los periódicos liberales coincidieron con sus opositores en reconocer el poder del Imperio del Brasil. Cuestión que también tuvo en cuenta Bartolomé Mitre a la hora de decidir concretar la alianza. No se vio salida ante el accionar imperial, fue preciso ceder ante él. El conflicto en la Banda Oriental comenzó representado fundamentalmente como partidario, pero cuando la invasión brasileña se concretó, los opositores al mitrismo pusieron de relieve la soberanía oriental violada. Y el mitrismo y sus aliados respondieron ubicando la verdadera nacionalidad en el bando colorado y su apoyo imperial. Ambos bandos invocaron valores como la libertad y la independencia y ubicaron conductas bárbaras en su oponente. Los opositores al mitrismo agregaron un componente cultural a su defensa de la soberanía oriental por historia y tradición en contraposición a la experiencia brasileña.

5 La Banda Oriental y la Triple Alianza

Con el partido blanco derrotado y la triple alianza como desenlace inminente, el discurso de los periódicos porteños liberales sobre la República Oriental ya no se mostraba enfocado principalmente hacia los partidos uruguayos sino a su pueblo entero. El mitrismo y sus partidarios comenzaron justificando la contienda naciente con la bandera de la independencia y libertad

uruguaya y la paz en la región. Es elocuente mencionar que esa parte del argumento fue prácticamente idéntico al que esgrimió Francisco Solano López para entrar en el conflicto:

La República oriental va a contribuir con el esfuerzo de sus hijos a la guerra contra el déspota del Paraguay. Nadie puede creer lo contrario después que los sucesos han combinado la marcha de las tres naciones del Plata. No hay razón alguna de dignidad para ese Estado... La República Oriental, además es la causa de esta guerra –su independencia y su libertad serán el premio de la sangre que se derrame en los campos de batalla... El pueblo Oriental ha comprendido estas razones, y los hombres que dirigen sus destinos van a venir a arreglar la parte que la República del Uruguay va a tomar en la redención del pueblo paraguayo, y la paz de los pueblos del Plata (EL NACIONAL, 27 abr. 1865).

Los gobiernos de Argentina y del Paraguay pusieron en sus discursos justificatorios la necesidad de la guerra para garantizar la independencia uruguaya y la paz en la región, aunque difirieron en atribuir una situación de equilibrio, característica defendida por Francisco Solano López. Como paradoja, la Banda Oriental había sido formalmente independiente desde la guerra entre Brasil y Argentina y si acaso ello se había visto violado, lo fue precisamente en principio por el accionar de estos estados. Uruguay apareció como extensión de los conflictos políticos internos de los dos gigantes que lo rodeaban y la tentación de controlarlo era enorme. Una vez que se logró, pero que entró en juego un nuevo actor como el Paraguay, la atención del mitrismo y sus aliados se desvió bastante de la Banda Oriental, quien tuvo un papel poco más que simbólico en la contienda que paradójicamente vio nacer. Su representación menguó considerablemente en el discurso y siempre apareció como un otro cercano, aliado, fraternal como lo mostró la obra de José Manuel Estrada de 1865 sobre el Paraguay:

La intervención de la República Oriental de la triple alianza, está del mismo modo rodeada de una aureola de indisputable simpatía. La fraternidad de los pueblos cultos del Río de la Plata

es una verdad, y entra en la historia bajo los auspicios de una obra generosa y de los copiosos laureles con que orlarán su frente (ESTRADA, 1865, p. 350).

En 1866 y por solo seis meses, apareció la oposición más dura y difundida a la guerra en el periódico *La América*. Su preocupación principal, como la del mitrismo, no fue ya la Banda Oriental, pero hicieron una referencia a los exiliados que tenían que abandonar su patria por su oposición a la guerra y reclamaron al Imperio del Brasil que reconociera la legitimidad de su existencia como nación. Aquí se entremezclaron el sentido político en la que se igualó a estado o gobierno y cultural de la misma: “El Imperio busca llevar al descrédito a la República Oriental, a fin de que los gobiernos extranjeros repitan que es una nacionalidad imposible y facilitar de ese modo la conquista.” (*La América*, 24 de febrero de 1866). Los orientales no querían ser argentinos ni brasileros, querían que se los reconociera, eran una nación que existía. Por otra parte se deslindó el sentido político de nación en la insistencia de que fueron los gobiernos quienes hicieron la guerra y no sus pueblos. Había una verdadera nación que no quería la lucha:

Los que están animados de verdaderos sentimientos de patriotismo tienen un derecho incuestionable a rechazar la guerra y la alianza.

No es una alianza de los pueblos, es una alianza de los gobiernos (...) Era necesario que una tremenda lección viniere a poner en peligro la independencia de la patria para que la fibra nacional se sintiese herida y el espíritu patrio se exaltara al heroísmo (LA AMÉRICA, 4 mar. 1866).

El sentimiento nacional se reforzó, se delimitó con nitidez y se exaltó cuando había otro que lo atacaba. Y ese sentimiento se entendió en una clave esencial, estuvo allí dormido, fue natural y la guerra lo despertó para defenderse de ella. En los escritos de Juan Bautista Alberdi en su exilio, el opositor más férreo a la guerra, Montevideo tuvo el doble pecado de resultar necesario para la integridad de la Argentina y del Brasil. Las más bellas provincias de estos dos

países limitaban con el Estado Oriental. Esta lucha, en la visión de Alberdi, fue el legado de las eternas disputas entre Portugal y España. La civilización necesitó que Montevideo fuera libre e independiente y sus adalides fueran Francia e Inglaterra. Lo que ya no pudo ser ocupación, ahora era influencia, intervenir y conspirar con el fin de instalar gobiernos afines. Con respecto a Buenos Aires, Montevideo fue el refugio fácil de los descontentos políticos. Además la costa oriental fue necesaria para el comercio exterior.

En la referencia de Alberdi a la Banda Oriental aparecieron de manera más fuerte los matices culturales de la nación (ALBERDI, 1962). A través de la contienda se desarrolló una disputa que reforzó los significados de cada nación y nacionalidad. Brasil peleó por la Banda Oriental por el hecho de existir, no desaparecer, no perder el imperio, no cambiar el idioma, las costumbres y su ser. Montevideo también defendió su nacionalidad de origen hispanoamericano. La nacionalidad se definió por una historia compartida, parecía nacer en la colonia. Unos vinieron de España, otros de Portugal. Luego se dividieron, pero nunca podrán mezclarse. Y no por cuestiones políticas en este caso. Montevideo no tuvo razón alguna de aversión a la monarquía. No era la forma de gobierno la que defendió sino el modo de ser de su familia, las costumbres y sus usos nacionales. Lo bueno de Brasil para Alberdi era su forma de gobierno, pero no su sociedad. Montevideo era deseada por Brasil porque tenía la puerta de los tres ríos brasileños Paraná, Paraguay y Uruguay, era un “estrobo involuntario” que impedía al Brasil tener el límite natural del Imperio, el Río de la Plata.

Conclusiones

Con el desarrollo de la contienda, la presencia simbólica del Uruguay en el frente se vio reflejada en el discurso de las élites. Aparecieron apenas algunas referencias al General Venancio Flores, al conflicto interno y a su

asesinato en 1868, pero que ya estaban muy lejos de mostrarse con el interés que suscitara lo que ocurrió en 1863. La Argentina ya transitaba una guerra cada vez más costosa e impopular, el federalismo estaba prácticamente derrotado y la Banda Oriental y sus entramados políticos dejaba de significar algún tipo de peligro. Las representaciones sobre la nación oriental no eran objeto de disputas, ni las preferidas a la hora de hablar de la argentina. Eran otros, su independencia ya era clara (y no peligrosa ahora) y eran hermanos en historia, cultura y tradición. La guerra cerraba una historia de intervenciones militares y paradójicamente a través de ellas abría el camino para la independencia real definitiva.

Las referencias a la Banda Oriental en un primer momento dieron cuenta del conflicto partidario y refirieron a la nacionalidad como puesta en peligro por estos disensos. En la concepción de nación se entremezclaron sus características más políticas con algunas culturales difusas, ligadas a la historia y algunos valores. Con la invasión brasileña y la resistencia del partido blanco, los opositores al mitrismo comenzaron a poner en primer plano la soberanía de la nación uruguaya y a vislumbrar al Imperio del Brasil como el gran enemigo. El mitrismo esgrimió el discurso opuesto. Cuando el partido blanco fue derrotado y Uruguay pasó a ser el tercer aliado en la guerra que comenzaba, apareció su referencia como pueblo hermano, espejo tanto para detractores como para los defensores de la contienda. El transcurso de la guerra desdibujó la presencia y la representación de los orientales en el debate público argentino.

De manera obsesiva en sus inicios y para luego prácticamente desaparecer durante el desarrollo de la contienda, la imagen construida sobre Uruguay tuvo la peculiaridad de nombrarlo como la Banda Oriental. Una denominación que le quitó autonomía a la vez que se la invocó para defender su independencia y aludir neutralidad en sus asuntos internos. Una manera de dar el debate que buscó legitimar la posición argentina dominante sobre los

países más pequeños de la región. Una suerte de paternalismo, tutela que la República Argentina se arrojó implícitamente para los asuntos orientales pero que explícitamente no permitió de otros, en ese caso Paraguay o que vio con polémica, en el caso del Brasil. Los conflictos en la Banda Oriental sirvieron además de espejo ejemplificador tanto para los mitristas a través de la imagen de Flores y sus seguidores, como para sus opositores a través de la imagen del partido blanco y los héroes de la resistencia como Leandro Gómez. El fin de la guerra impuso definitivamente la necesidad de pensar al Uruguay como Uruguay y ya no como Banda Oriental. La política de hermandad tutelada y de difícil respeto de su independencia ya había costado demasiado caro. La Guerra del Paraguay terminó con la visión del hermano siamés que la Argentina había detentado. Lo que comenzó como un conflicto leído fundamentalmente en clave partidaria, mutó en una disputa por la soberanía nacional, la independencia y la libertad a partir de la invasión brasileña y se profundizó con el desarrollo de la guerra.

Referencias

- ALBERDI, Juan Bautista. *Historia de La Guerra del Paraguay*. Buenos Aires: Ediciones de la Patria Grande, 1962.
- BARATTA, María Victoria. La identidad nacional durante la Guerra del Paraguay Representaciones, lenguajes políticos y conceptos en el diario *La Nación Argentina* (1862-1870). *Revista Almanack*. Guarulhos, n. 3, p. 82-98, 2012.
- BOX, Pelham Horton. *Los orígenes de la Guerra del Paraguay contra la Triple Alianza*. Buenos Aires: Ediciones Nizza, 1958.
- CÁRCANO, Ramón. *Guerra del Paraguay, Orígenes y Causas*. Buenos Aires: Domingo Viau, 1938.
- CHIARAMONTE, José Carlos. *Ciudades, provincias y estados: orígenes de la nación argentina*. Buenos Aires: Ariel, 1997.
- ESTRADA, José Manuel. *Ensayo histórico sobre la revolución de los comuneros del Paraguay y la guerra de 1865*. Buenos Aires, 1865.

HALPERIN DONGHI, Tulio. *Proyecto y construcción de una nación*. Buenos Aires: Emecé, 2007.

NAVARRO VIOLA, Miguel. *Atrás el Imperio! Hojas Históricas*. Buenos Aires: Imprenta de Mayo, 1865.

WASSERMAN, Fabio. La *Generación de 1837* y el proceso de construcción de la identidad nacional argentina. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, tercera serie, n. 15, 1997.

WHIGHAM, Thomas. *La Guerra de la Triple Alianza, v. I. Causas e inicios del mayor conflicto bélico de América del Sur*. Asunción: Taurus, 2010.

